

macén de accesorios para ella. Ella escoge, según el humor del momento, lo que mejor le conviene cada día para presentarse ante sus admiradores, que son, al mismo tiempo, adoradores. Su capricho transforma los paisajes ideales. Si cree que debe ir con alta peineta y blanca mantilla en un cortejo suntuoso de espumas de encaje, todas las visiones de Fortuny se ponen á su servicio. Si quiere ser más árabe, las suntuosas fantasías de Renault la adornan.

Para las fiestas íntimas, la paleta de Sargent da mantones y faldas bordadas de oro. Y otro poeta del pincel, también sajón, el gran Dannat, pone á su servicio para animarla, para adularla, para mimarla, sus legiones de jaleadoras.

Todo en la fantasía del mundo cambia ó puede cambiar. Unos ven á Sevilla muy moruna; otros muy europea; éstos cristianísima; los de más allá, casi pagana.

En lo único que todos están de acuerdo es en la imagen que se forman de la Andalucía. ¡Imagen única!

VIII

LA AGONIA DE LA GHESHA



Satta Yacco en *Ophelia*.

VIII

La agonía de la Ghesha.

La divina Sadda Yacco y sus comediantes acaban de encarnar por segunda vez, ante el público cosmopolita de París, todo el encanto alado del arte japonés.

Gracias á ella (y á ellos) hemos visto escaparse de los ideales abanicos, de las cajas de laca, de las cancelas suntuosas, á la humanidad menuda y hierática del Extremo Oriente, entre vuelos de ibis y muecas de máscaras. Hemos admirado á las *gheshas*, á los caballeros y á los *samurayes*. Hemos temblado ante las peleas en las cuales los minúsculos rivales demuestran que tienen almas de tigres y miembros de gatos salvajes. La hemos visto á ella, flor carnal, cortesana sensitiva, loto blanco de jardín lejano, vivir, en un instante, toda una existencia de frívolos amores, y luego morir con una sinceridad hasta hoy nunca vista en el teatro.

**

«Es una linterna mágica de horror, de terror, de encanto» —decíanos Oscar Wilde al salir del teatro. Y luego, como alucinado por el espectáculo, nos describía con frases febriles las escenas del drama. Y eran, en sus pinturas, bailadoras de amplios trajes rameados de oro, de verde, de rosa, blancas de rostro cual muñecas de porcelana, con ojos ojerosos y misteriosos, con manos exangües, moviéndose menudamente. Y eran guerreros envueltos en láminas de acero, erizados de sables, de puñales, de lanzas, con cascos en cuya cima los dragones fabulosos abrensus fauces de espanto. Y eran, bajo los almendros floridos, parejas melancólicas que se extasían al claro de la luna oyendo cantar, en el fondo de sus propias almas, la eterna romanza del amor exclusivo. Y eran, en barquichuelos de bambús, en ríos de aguas blancas, piratas minúsculos que se abordan, que rugen, que luchan, que mueren. Y siempre, en todas partes, la divina Sadda.

**

Ni Sarah, ni Réjane, ni la Duse, me produjeron nunca la misma sensación que esta muñeca pálida, que mira con ojos de felino amoroso y que gorjea una lengua para mí hermética. Vestida de *ghesha*, entre amplios pliegues de terciopelo negro,

sobre el cual los pájaros de oro abren las alas y los monstruos rojos se retuercen; siendo mimosa, perversa, sutil; siendo coqueta sin ondulaciones, coqueta y hierática al mismo tiempo, mezcla de cortesana y de sacerdotisa; complaciéndose, sin sonreír, grave cual un icono, entre sañudos amantes que se disputan á estocadas sus gracias, parece una encarnación de las pecadoras admirables que imaginó Goncourt contemplando las estampas de Utamaro. Y luego, ya desgredada; luego, cuando la pasión cruel muerde, con ferocidad digna de los monstruos bordados en las mangas, su pobre alma de vendedora de caricias; luego, cuando de la muñeca muerta surge, palpitante, la mujer celosa para vivir una epopeya de dolores, de penas y de angustias en un instante supremo, en un minuto de locura, de fiebre, de vértigo; luego, en el delirio de sus deseos desencadenados, bajo el dominio de sus sentidos que aúllan, en el último límite de su arte, cuando el amor y la muerte se mezclan y forman en su rostro un abismo de luces verdes, de fosforescencias amoratadas y de funerales reflejos; cuando su faz, ya descompuesta por los hipos últimos, sonríe aún al amado con sonrisa de otro mundo, la sensación del espectador es sobrehumana.

«Lo maravilloso entre lo maravilloso—dice Claretie—es ver sucumbir á la *ghesha*. Viéndola caer, Mounet Sully no pudo menos de llorar, l eno de admiración, de espanto, de dolor. La flor humana, tan seductora; la amorosa, tan ligera cuando baila,

truécase en terrible mujer en sus instantes de furia celosa. Sus facciones se contraen. Diríase una siniestra máscara de su país. Grita con gritos roncós, singulares, parecidos á aullidos de gata salvaje. Su cabellera en desorden da á su rostro una expresión espantosa. Os digo que es admirable, más que admirable.»

*
**

Esta admirable artista tiene, empero, una modestia casi infantil. «Yo no soy sino una aficionada»—dice. Y lo dice con tal empeño, con tanta sencillez, con tan gran convicción, que para no creerla, es preciso recordar las sensaciones experimentadas al verla en el teatro. «Soy una aficionada»—murmura, lo mismo que Lamartine exclama: «Soy un simple *amateur*.»

Oídla contar sus recuerdos.

«—Yo era *ghesha*—dice,—pero no de *casa de té*, sino *ghesha* libre, cuando, hace siete años, Kawa Kami se casó conmigo. Este era un hombre político tan rico cual estimado, que, después de un fiasco electoral, abandonó el Parlamento y consagróse al teatro, decidido á renovar en nuestra tierra el arte escénico desde un punto de vista realista. Abrió en el acto una escuela dramática. Al cabo de tres meses tuvo trescientos discípulos. Su teatro fué desde un principio el más conocido de Tokio. Un día, ebrio de modernismo, propúsose hacer un viaje por América y Europa.»

¡Pobre Sadda Yacco! ¡Pobre *ghesha* sentimental! Desde que su esposo y amo pensó en ausentarse, ya no hubo para ella ni tranquilidad ni goce. Con resignación casi animal siguióle á Norte América, consolándose al pensar que «San Francisco está enfrente de Yokohama, y si alguien tuviese vista muy penetrante, vería de un puerto á otro».

«En la gran Metrópoli californiana—continúa la *ghesha*—hicieron á mi marido proposiciones admirables para que representara una obra cualquiera. En el acto escogió *El caballero*. Los ensayos tuvieron un éxito asombroso. Pero la víspera misma de la noche del estreno, el joven actor que representaba el papel de cortesana cayó enfermo de gravedad. ¿Qué hacer? Yo le dije á mi esposo adorado que me permitiera representar aquel papel y, como su bondad es infinita, me lo permitió, á pesar de que las leyes japonesas castigan severamente á la mujer que aparece en las tablas al lado de un hombre. ¡Ah! ¡Bien hizo mi marido! El éxito que obtuve fué tal, que el público de San Francisco invadió al fin del espectáculo el escenario y me llevó en triunfo hasta nuestro hotel.»

Hé allí, pues, á la divina Sadda dicha. Pero su gozo cae inmediatamente en un pozo. Los cónsules de su patria la advierten, en cada ciudad, del castigo severísimo que le aguarda en su Tokio natal. Cada paso en el mundo, cada triunfo en el arte, es un nuevo tormento por venir. Su pobre alma de muñeca, enloquecida, no sabe qué hacer. En Nueva York, en Chi-

cago, en Boston, en Plimouth, en Liverpool, en Manchester, todo el mundo la aplaude. Al fin llega á Londres. Su éxito es tal, que la reina Victoria la llama á su palacio, la hace representar una de sus «creaciones» y luego la dice, como los monarcas de los cuentos azules, que la pida lo que quiera.

«Lo único que yo quería—escribe—era el perdón de mi emperador. Así lo dije á su majestad Victoria, quien me ofreció obtener, no sólo mi perdón, sino además el permiso de representar las comedias que quisiera en el Japón mismo al lado de mi esposo y de sus discípulos. Yo no lo creía. Sin embargo, tres días después el ministro del Mikado vino á verme á mi hotel londinense y me dijo que nuestro señor y amo permitía, en vista de las exigencias de la reina Victoria, que yo apareciese en el escenario, tanto fuera como dentro de sus dominios, con tal que mi esposo legítimo figurase en la misma comedia.»

Desde entonces la admirable artista, la divina *ghesha*, camina de triunfo en triunfo. Hoy tiene veintitrés años y su fama es ya universal.

*
*
*

Después de morir en París y en Londres como un lirio trágico, la divina musmé propónese hacer ver su agonía á los habitantes de todas las ciudades europeas. Irá á Roma, á Berlín, á Viena, á Madrid, á Barcelona, á Bruselas. Y en todas partes los hombres, viéndola expirar, sentirán la sensación propia del supremo dolor.

Su muerte es su triunfo. Todo en su cuerpecillo delicioso sufre, palpita, se retuerce. Su rostro todo agoniza, se descompone, se vuelve verde, pierde su carne nacarada, pierde su forma, pierde hasta su perfume. La atmósfera se impregna de olores insufribles de putrefacción. Una angustia infinita se apodera del público. Y queriendo huir del dolor del espectáculo, nuestras miradas van á caer en el fondo del escenario, sobre la decoración que ostenta vértigos de *samurayes* heridos bajo el vuelo de inmensos peces quiméricos.